

TE PORTASTE PERFECTAMENTE
Y OTROS RELATOS JOCOSOS



Dorothy Parker



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

DOROTHY PARKER

TE PORTASTE PERFECTAMENTE
Y OTROS RELATOS JOCOSOS



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Dorothy Parker

Dorothy Parker, cuyo nombre de soltera es Dorothy Rothschild, nació en Long Branch, Nueva Jersey, el 22 de agosto de 1893.

Es una escritora estadounidense de espíritu versátil y brillante. Escribió artículos para *Vogue*, y ejerció la crítica literaria y teatral en *Vanity Fair* y en *The New Yorker*. Publicó tres volúmenes de poesía (*Suficiente saga*, 1926; *Sunset Gun*, 1928; *Muerte e impuestos*, 1931), reunidos en 1936 en un único volumen titulado *No tan profundo como un pozo*. Una de sus obras, *Big Blonde*, ganó el Premio O'Henry al mejor cuento del año. También realizó varios reportajes desde España durante la Guerra Civil española (1936-1939).

Murió el 7 de junio de 1967, a los 73 años, en Nueva York, en una habitación de hotel.

Te portaste perfectamente y otros relatos jocosos

Dorothy Parker

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Ríos
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa “Lima Lee”, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

MANTO DE ALABANZAS

La anfitriona, toda sonrisas, centelleos y frustrados pasitos de danza, condujo al joven de las patillas por la habitación hacia donde estaba sentada la joven a la que le habían dicho ya dos veces que se parecía a Clara Bow.

—¡Aquí la tiene! —exclamó—. ¡Aquí está la muchacha que hemos estado buscando! Señorita French, permita que le presente al señor Bartlett.

—Encantado de conocerla —dijo el señor Bartlett.

—Disculpe, pero tengo el guante húmedo —dijo la señorita French.

—¡Oh, qué pareja! —exclamó la anfitriona—. Me moría de ganas de presentarlos. Sabía que se llevarían de maravilla. ¿No le dije que tenía un estilo maravilloso, Alice? ¿Qué le había dicho, Jack? ¿No le había repetido una y otra vez que era graciosísima? Y es siempre así. ¡Espere a conocerla tan bien como yo! ¡Por Dios, me gustaría quedarme aquí escuchando!

Sin embargo, frustrada en sus deseos, sonrió efusivamente, agitó la mano como un niño despidiéndose

y se alejó bailando una danza escocesa con intención de cargar de nuevo con el peso de la hospitalidad.

—Hola, ¿dónde ha estado usted durante toda mi vida?
—preguntó el joven que tenía un estilo maravilloso.

—Deje de hacer el perrito —contestó la muchacha que era siempre así.

—¿Algún problema si me siento? —preguntó él.

—Adelante —dijo ella—. Siéntese y descanse los pies.

—Lo haré por usted —dijo él—. Mejor me siento antes de que me caiga, ¿no? Menuda fiesta, ¿verdad? ¡Ha resultado ser un éxito en toda regla!

—¡Y cómo! —dijo la chica.

—¡Exactamente: y cómo! —dijo él—. Impresionante.

—Imponente.

—Impecable.

—Impactante.

—Rápida contestando, ¿eh? —dijo él—. ¡Menuda es usted!, ¿verdad?

—Deje de hacer el perrito —repitió ella.

—Una muchacha estupenda —dijo él—. Y guapa, además. ¿De dónde ha sacado esos ojos tan grandes y azules? ¿No sabe que no sé resistirme a los ojos grandes y azules?

—Seguro que no —dijo ella—. Es justo de ese tipo de personas.

—Eh, oiga, oiga —dijo él—. Pare un poco, ¿quiere? Vamos, sea buena. ¿No va a decirme de dónde ha sacado esos ojos tan grandes y azules?

—Oh, no sea ridículo —dijo ella—. ¡No son tan grandes!, ¿no?

—¡Claro que sí! —insistió él—. ¿No sabía que lo eran? Oh, no, nadie se lo ha dicho nunca. Y no sabe cómo me ponen cuando me mira así, ¿verdad? ¡No, claro que no lo sabe!

—Ni ganas.

—Ah, pare, ¿quiere? —dijo él—. Adelante, vamos, confiese: dígame de dónde ha sacado esos ojos tan grandes y azules.

—¿Adónde pretende llegar con esto? —dijo ella.

—Y también tiene el pelo muy bonito —dijo él—. Supongo que no sabe que tiene el pelo muy bonito. No quiere que lo diga, ¿verdad?

—Aunque fuera cierto, no querría.

—Vamos —dijo él—. ¿No sabe que tiene el pelo bonito?

—Es impresionante —dijo ella—, es imponente.

—¿Que se interese por mí?

—Vamos, deje de hacer el perrito —repitió ella.

—Podría interesarme mucho por usted —dijo él—. Si sabré yo cómo me ponen esos ojos grandes y azules que tiene... ¿Sabe una cosa?

—Ni ganas.

—Eh, oiga —dijo él—. ¿Qué pretende? ¿Agotarme? ¿Nunca para de bromear? ¿Cuándo va a decirme de dónde ha sacado esos ojos tan grandes y azules?

—Oh, compórtese —dijo ella.

—Con una chica como usted debería andar con cuidado —dijo él—. Ir con tiento.

—No sea imbécil.

—¿Sabe? Una chica como usted podría quedárase metida en el cerebro.

—¿Dónde dice?

—Ah, vamos, vamos —dijo él—. Pare de una vez. Pero dígame dónde se había escondido. ¿Quedan más como usted por aquí?

—Esto es lo que hay. No dan más.

—Por mí, de acuerdo —dijo él—. Con una como usted me basta. ¡Tengo suficiente con cómo me ponen sus ojos! ¿Lo sabía?

—Ni ganas.

—El vestido que lleva me mata —dijo él—. ¿De dónde ha sacado un vestido tan gatuno? ¿Eh?

—Deje de hacer el perrito —repitió ella.

—A propósito, ¿de dónde ha sacado esta expresión? —preguntó él.

—Es un don —contestó ella.

—Exactamente: un don —dijo él—. Es un encanto.

—Y eso es solo el principio... —dijo ella.

—Usted me mata —dijo él—. De verdad se lo digo. ¿De dónde saca todo esto?

—¿Adónde pretende llegar? —preguntó ella.

La anfitriona, todavía más centelleante, correteó hacia ellos.

—¡Vaya, por el amor de Dios! —exclamó—. ¿Piensan mirar siquiera a alguna otra persona? ¿Qué le parece, Jack? ¿Verdad que es monísima?

—¡Es monísima! —contestó él.

—¿Verdad que es maravilloso, Alice? —preguntó la anfitriona.

—No se imagina cuánto.

La anfitriona ladeó la cabeza, como un travieso cachorro de terrier, y los miró con ojos brillantes y juguetones.

—¡Oh, qué pareja! —dijo ella—. ¿No les había dicho que se llevarían de miedo?

—¡Y cómo! —dijo la chica.

—¡Exactamente: y cómo! —dijo el joven.

—¡Qué pareja! —susurró la anfitriona—. Me pasaría la noche entera escuchándolos.

¡QUÉ LASTIMA!

I

Ha sido la mayor sorpresa que me he llevado en toda mi vida —le dijo la señora Marshall a la señora Ames—. En toda mi vida. Piensa que Grace y yo estábamos muy unidas... Éramos así.

Alzó la mano derecha e ilustró sus palabras juntando los dedos índice y corazón extendidos.

La señora Ames meneó la cabeza con expresión compungida y le ofreció una tostada.

—¡Imagínate! —dijo la señora Marshall con un gesto de rechazo, aunque el deseo de zamparse la tostada se reflejaba en el brillo de sus ojos—. El martes por la noche íbamos a cenar con ellos, pero recibí esa carta de Grace desde Connecticut, diciéndome que estaría allí por un período indeterminado y que cuando volviera probablemente alquilaría un apartamento de una habitación con una pequeña cocina. Ernest se alojaba en su club.

—Pero ¿qué han hecho con su piso? —preguntó la señora Ames con ansiedad.

—Parece ser que se lo ha quedado la hermana de Ernest, con muebles y todo... Por cierto, recuérdame que debo ir a verla. En cualquier caso, querían trasladarse a la ciudad y estaban buscando casa.

—Pero eso habrá sido terrible para la hermana de Ernest, ¿no crees? —preguntó la señora Ames.

—Oh, terrible... —La señora Marshall descartó la palabra «terrible» por inadecuada—. Piensa en lo que sienten quienes les conocían, en lo que siento yo. Nada me había deprimido tanto jamás. ¡Si hubiera sido cualquiera en vez de los Weldon!

La señora Ames asintió.

—Eso es lo que dije —afirmó.

La señora Marshall se apresuró a retirar todo mérito inmerecido.

—Eso es lo que dice todo el mundo. ¡Pensar que los Weldon se separan! Y yo que siempre le decía a Jim: «Mira,

por lo menos hay un matrimonio feliz, bien avenido y con una casa preciosa». Y entonces, inesperadamente, van y se separan. No puedo entender qué les ha llevado a ese extremo. ¡Es demasiado atroz!

La señora Ames asintió de nuevo, lenta y tristemente.

—Sí, esas cosas siempre son una desgracia. Es una verdadera lástima.

II

La señora de Ernest Weldon iba de un lado a otro de la ordenada sala de estar, dándole algunos leves toques femeninos, actividad para la que no estaba especialmente dotada. La idea era bonita y le atraía. Antes de casarse había soñado con que deambulaba lentamente por su nueva vivienda, aquí moviendo un jarrón, allí enderezando una flor, transformando así la casa en un hogar. Incluso ahora, al cabo de siete años de matrimonio, le gustaba imaginarse en esa agradable ocupación.

Pero, aunque lo intentaba concienzudamente cada noche, en cuanto se encendían las lámparas con pantallas de color rosa, nunca sabía muy bien cómo realizar esos pequeños milagros que cambian radicalmente el aspecto de una habitación. La sala de estar le parecía bien tal como estaba... como si su aspecto fuese inmejorable, con la repisa de la chimenea y los muebles antiguos. Delia, uno de los seres más femeninos que existían, había dado a primera hora una larga serie de enérgicos toques a la sala, y desde entonces su obra permanecía intacta, pero la hazaña de efectuar un cambio radical en el ambiente,

como siempre había oído decir la señora Weldon, no era algo que pudiera dejarse en manos de los sirvientes. Los toques eran tarea de una esposa, y la señora Weldon no era una mujer que se desentendiera de sus deberes.

Con un aire de incertidumbre, casi digno de compasión, se acercó a la repisa de la chimenea, cogió un pequeño jarrón japonés y permaneció inmóvil con el objeto en la mano, mirando impotente a su alrededor. La blanca estantería esmaltada le llamó la atención y, agradecida, se acercó a ella y depositó el jarrón en un estante, reordenando cuidadosamente varios adornos para hacerle sitio. A fin de reducir la congestión, cogió una fotografía enmarcada de la hermana del señor Weldon en traje de noche y con gafas, volvió a mirar a su alrededor y al final la depositó tímidamente encima del piano, sobre cuya tapa deslizó los dedos como para congraciarse con él, enderezó las partituras de *Un día en Venecia*, *A una rosa silvestre* y el *Capricho vienés* de Kreisler, que estaban en el atril, se acercó a la mesa de té y cambió de sitio la jarrita de la crema y el azucarero.

Entonces, retrocedió unos pasos y contempló sus innovaciones. Era sorprendente que apenas hubieran cambiado el aspecto de la sala.

La señora Weldon suspiró y dirigió su atención a un florero con unos narcisos atrompetados que empezaban a perder su frescura. Ella no podía hacer nada para mejorar su aspecto, pues la omnisciente Delia los había regado, había podado sus tallos y eliminado las flores más decaídas. No obstante, la señora Weldon se inclinó sobre ellos, introdujo la mano entre sus tallos y los separó suavemente para examinarlos en detalle.

Le gustaba imaginarse como una persona para quien las flores medraban, que siempre tenía pimpollos a su alrededor, a condición de que fuese realmente feliz. Cuando las flores de la sala de estar se marchitaban, al día siguiente casi nunca se olvidaba de pasar por la florería y comprar un ramo fresco. Cuando abría su corazón a los demás, aunque fuese brevemente, confesaba su amor por las flores, y en la ternura con que hacía esta confesión se adivinaba un deseo de disculparse, como si rogara a sus interlocutores que no la considerasen de gustos demasiado excéntricos. Parecía como si esperase que el oyente diera un respingo al oírla y exclamara sobresaltado: «¡No me diga! Pero ¿adónde vamos a parar?».

También tenía otros afectos y, de vez en cuando, siempre con una ligera vacilación, como si una comprensible delicadeza le dificultara la expresión de su intimidad, hablaba de su amor por los colores, el campo, los instantes de regocijo, un lugar interesante, los materiales bellos, las ropas bien cortadas y el sol. Pero su inclinación por las flores era la que reconocía con mayor frecuencia. Era como si creyera que esa predilección, más que las otras, la situaba aparte del común de la gente.

La señora Weldon dio a los narcisos una última y suave palmadita y, una vez más, examinó la sala en busca de alguna otra cosa que requiriese un toque. Apretó los labios al ver el pequeño jarrón japonés, pues era evidente que lucía más en su emplazamiento anterior. Volvió a dejarlo allí, sintiendo crecer en su interior la irritación que experimentaba siempre al ver la repisa de la chimenea.

Detestaba aquella repisa desde el día que fue al piso por primera vez con su marido para ver si les interesaba. También le disgustaban otras cosas del piso: el largo y estrecho pasillo, el oscuro comedor, los armarios inadecuados. Pero Ernest pareció muy complacido por

el conjunto y ella no dijo nada, ni aquel primer día ni en lo sucesivo. Bien mirado, ¿de qué servirían sus protestas? Probablemente cualquier otro lugar de residencia tendría también sus inconvenientes. Desde luego, estos no habían faltado en su piso anterior.

Así pues, alquilaron la casa por cinco años, hacía de ello cuatro años y tres meses. La señora Weldon se sintió fatigada de súbito. Se tendió en el sofá y se llevó una mano delgada al cabello castaño deslustrado.

El señor Weldon caminaba calle abajo casi doblado por la cintura, luchando contra el viento procedente del río. Volvían a ocupar su mente los sombríos pensamientos sobre el lugar donde vivía, cerca de *Riverside Drive*, a cinco manzanas de una estación de metro, y a lo largo de dos de aquellas manzanas el viento soplabá con una furia salvaje. Cuando llegó a su piso, se dijo una vez más que no le gustaba gran cosa. En cuanto vio aquel comedor, comprendió que siempre tendrían que desayunar con luz artificial, lo cual le desagradaba. Pero Grace no pareció reparar en ello, por lo que él guardó silencio y pensó que, a fin de cuentas, no importaba demasiado, porque sin duda en cualquier casa encontraría algo desagradable.

El comedor del piso anterior no era mucho mejor que el dormitorio que daba al patio, y eso tampoco parecía haberle importado a Grace.

Llamó al timbre y la señora Weldon le abrió la puerta.

—¡Hola! —dijo ella con jovialidad.

Se obsequiaron mutuamente con cálidas sonrisas.

—¿Qué tal? —le preguntó él—. ¿Todo el día en casa?

Se besaron ligeramente. Ella contempló, con atenta cortesía, cómo su marido colgaba el sombrero y el abrigo, se sacaba los periódicos vespertinos de un bolsillo y le daba uno a ella.

—¿Has traído los periódicos? —preguntó, mientras lo cogía.

Precedió al hombre a lo largo del estrecho pasillo hasta la sala de estar, donde él se acomodó con parsimonia en su gran sillón, emitiendo un sonido equidistante entre un suspiro y un gruñido. Ella se sentó frente a él, en el sofá. Volvieron a dirigirse cálidas sonrisas.

—Bien, ¿qué has hecho hoy? —preguntó el hombre.

Ella había esperado esa pregunta, y antes de que él llegara había pensado en cómo iba a contarle los pequeños acontecimientos de su jornada: la mujer que había tenido una discusión con la cajera en la tienda de comestibles, la nueva ensalada preparada por Delia para la comida, con un éxito solo moderado, la visita a Alice Marshall, que entre sorbo y sorbo de té le informó que se había confirmado el nuevo embarazo de Norma Matthews. Había entretendido todo esto en un sencillo y animado relato, eligiendo con esmero frases divertidas para la descripción, y tuvo la certeza de que lo contaría bien, con gracia, y que tal vez su marido se reiría con la anécdota de la tienda. Pero ahora, pensándolo bien, parecía un relato prolijo y aburrido, y a ella le faltaba la energía necesaria para empezar. Además, él ya estaba alisando su periódico.

—Oh, no he hecho nada especial —replicó con una risita—. ¿Y tú? ¿Has tenido un buen día?

—Pues... —empezó a decir él. Había pensado vagamente en contarle cómo por fin había logrado rematar el asunto de Detroit, y lo satisfecho que parecía

J.G. Pero su interés se desvaneció en el mismo momento en que abrió la boca para hablar. Además, ella estaba ocupada en romper un hilo suelto del fleco de lana de uno de los cojines—. Sí, ha sido un día bastante bueno.

—¿Estás cansado?

—No mucho. ¿Por qué? ¿Quieres hacer algo esta noche?

—No había pensado en ello, pero si quieres... —dijo ella con vivacidad—. Lo que tú digas.

—No, lo que tú digas —le corrigió él.

El tema quedó zanjado. Hubo un tercer intercambio de sonrisas y luego él se ocultó casi por completo detrás de su periódico.

También la señora Weldon se puso a leer el periódico, pero las noticias eran poco interesantes: un largo discurso de alguien, el proyecto de instalar un vertedero de basuras, la propuesta para la construcción de un dirigible, el misterio de un asesinato cometido hacía cuatro días. Nadie a quien ella conociera había muerto,

ni se había prometido o casado, ni había asistido a ningún acontecimiento social. Las modas ilustradas de la página femenina eran para las señoritas de catorce a dieciséis. Los anuncios eran, en general, de pan, salsas, ropa masculina y rebajas de utensilios de cocina. Dejó el periódico.

Se preguntó cómo era posible que Ernest disfrutara tanto con un periódico. Podía estar ocupado con uno durante casi una hora, y entonces cogía otro y releía las mismas noticias sin que su interés decayera lo más mínimo. Ojalá ella pudiera entretenerse así. Pero deseaba todavía más ser capaz de encontrar algo que decir. Miró a su alrededor en busca de inspiración.

—¿Has visto mis hermosos narcisos? —le preguntó.

El señor Weldon miró en dirección a las flores.

—Mmm... admitió, y volvió a sumirse en la lectura.

Ella le miró y meneó la cabeza, desalentada. Como estaba detrás del periódico, él no vio la expresión de su mujer, y esta tampoco vio que él no estaba leyendo, sino que esperaba su siguiente observación, apretando las

hojas impresas hasta que los nudillos se volvían de un blanco azulado.

Por fin llegó.

—Adoro las flores —dijo ella, en uno de sus pequeños accesos de confidencia.

Su marido no le respondió. Exhaló un suspiro, la fuerza con que apretaba las hojas volvió a la normalidad y siguió leyendo.

La señora Weldon examinó la habitación en busca de otra sugerencia.

—Ernie, estoy tan cómoda ahora... ¿No te gustaría levantarte y traerme el pañuelo que está en el piano?

Él se levantó al instante.

—No faltaba más.

Cuando volvió a su sillón, pensaba que la manera de pedirle a alguien que vaya en busca de un pañuelo es decirle que lo haga, y no preguntarle si le gustaría, como

si le invitara a algo agradable. O se lo pides directamente, sin que te preocupe si te lo traerá o no, o te levantas y vas a buscarlo tú mismo.

—Qué agradecida estoy —dijo ella con entusiasmo.

Delia apareció en la puerta.

—La cena está servida —murmuró tímidamente, como si la palabra «cena» no fuese del todo apropiada en labios de una joven, y desapareció.

—La cena —dijo alegremente la señora Weldon poniéndose de pie.

—Un momento —dijo él desde detrás del periódico.

La señora Weldon esperó. Luego apretó los labios, se acercó a su marido y le arrebató el periódico de las manos, al tiempo que le sonreía cautelosamente. Él le sonrió a su vez.

—Ve tú delante —le dijo levantándose—. Enseguida me reuniré contigo. Voy a lavarme.

Ella miró la espalda del hombre que se alejaba y una especie de erupción volcánica tuvo lugar en su interior. ¿Es que ni una sola vez, una sola noche, para variar, podía ir a lavarse antes de que anunciara la cena? Nada más que una noche... No era pedir demasiado. Pero no dijo nada. Bien sabía Dios que era exasperante, pero, a fin de cuentas, no valía la pena protestar por aquella pequeñez.

Estaba esperando, alegre y animada, evitando cortésmente empezar a tomar la sopa, cuando él se sentó a la mesa.

—Vaya, así que tenemos sopa de tomate —observó su marido.

—Sí, te gusta, ¿verdad?

—¿A mí? Oh, sí, claro.

Ella le sonrió.

—Sí, pensé que te gustaría.

—A ti también te gusta, ¿no?

—Por supuesto. Me gusta muchísimo. La sopa de tomate me entusiasma.

—Sí, no hay nada mejor que una sopa de tomate caliente en una noche fría —comentó él.

Su mujer asintió.

—Yo también creo que es agradable —le confesó.

Probablemente habían tomado sopa de tomate tres veces al mes durante su vida matrimonial.

Terminada la sopa, Delia trajo la carne.

—Esto tiene muy buen aspecto —dijo el señor Weldon mientras la cortaba— Hacía mucho tiempo que no comíamos filete.

—No, Ern, no hace tanto —Se apresuró a decir a su esposa—. Comimos filete... Vamos a ver, ¿qué noche vinieron los Bailey? Comimos filete el miércoles... No, el jueves. ¿No te acuerdas?

—¿Ah, sí? —dijo él—. Sí, supongo que tienes razón. No sé por qué me parecía que fue hace más tiempo.

La señora Weldon sonrió cortésmente. No se le ocurría ninguna manera de prolongar la charla.

Al fin y al cabo, ¿de qué hablaban los matrimonios cuando estaban a solas? Había visto parejas —no dudosas, sino personas de las que sabía con certeza que eran marido y mujer—, en el teatro o en los trenes, hablando tan animadamente como si acabaran de conocerse. Siempre las observaba maravillada, preguntándose qué diantres se dirían.

Ella no tenía dificultades para comunicarse con otras personas. Cuando estaba con sus amigas, nunca tenía bastante tiempo para decir todo lo que quería. Recordó que aquella misma tarde había visto a Alice Marshall. Tanto a los hombres como a las mujeres les atraía escucharla; no era brillante ni especialmente divertida, pero aun así su charla entretenía y resultaba agradable. Nunca se quedaba sin saber qué decir, jamás tenía la sensación de estar tanteando en busca de un tema. Tenía buena memoria para recordar los chismorreos o las anécdotas triviales sobre celebridades que había leído u oído en alguna parte, y no le faltaba gracia para repetirlas animadamente. Las cosas que le decía la gente estimulaban

en ella respuestas rápidas y relatos divertidos. Tampoco eran personas de un ingenio chispeante, pero hablaban con ella y eso bastaba.

Ahí estaba el meollo de la cuestión: si no te dicen nada, ¿de dónde vas a partir para sostener una conversación? En su fuero interno siempre estaba disgustada y enojada con Ernest porque no le ayudaba.

Ernest también era bastante locuaz cuando estaba con otras personas. La gente siempre le decía a su esposa lo mucho que les había encantado conocer a su marido y lo divertido que era, y no se trataba de mera cortesía. No había ningún motivo para que se tomaran la molestia de decírselo.

Incluso cuando invitaban a otra pareja a cenar o jugar al *bridge*, los dos hablaban y reían con naturalidad durante toda la velada. Pero en cuanto los invitados se despedían, expresando su satisfacción por lo bien que lo habían pasado, y la puerta se cerraba tras ellos, allí se quedaban los Weldon solos de nuevo, sin nada que decirse. Sería entrañable y entretenido hablar sobre la ropa de los invitados, su habilidad en el *bridge* y sus probables situaciones domésticas y financieras, una

conversación tan interesante como la que tendría al día siguiente, sobre esos mismos temas, con Alice Marshall o cualquier otra de sus amigas. Pero no podía hacerlo con Ernest. En cuanto empezaba a hablar, observaba que le era imposible hacer ese esfuerzo.

Así pues, retiraban la mesa de juego y vaciaban los ceniceros con muchos «oh, perdona» y «no, no, yo me he cruzado en tu camino», hasta que Ernest decía: «Bueno, creo que me iré a la cama», y ella respondía: «Muy bien, yo iré dentro de un minuto». Se sonreían jovialmente y ese era el final de otra velada.

Ella trató de recordar de qué hablaban antes de casarse, cuando estaban prometidos, y le pareció que nunca habían tenido gran cosa que decirse. Pero antes eso no le preocupaba, e incluso experimentaba la satisfacción de que su noviazgo era correcto, pues siempre había oído decir que el verdadero amor no se expresaba con palabras. Además, en aquel entonces los besos y arrumacos les tenían siempre ocupados. Pero resultó que el verdadero matrimonio parecía ser igualmente silencioso, y al cabo de siete años de vida en común no es posible confiar en los besos y todo lo demás para llenar las veladas.

Cabría pensar que, transcurridos siete años, una se ha acostumbrado a la situación, comprende que así son las cosas y no se lo toma a pecho, pero no sucede así. Esa situación le destroza a una los nervios. No es uno de esos silencios íntimos y afables en los que a veces caen las parejas, sino que te da la sensación de que debes hacer algo para evitarlo, como si no estuvieras cumpliendo con tu deber, como la sensación que experimenta una anfitriona cuando la fiesta va mal y sus invitados se sientan en los rincones y se niegan a relacionarse. Es algo que hace que te sientas nerviosa y cohibida, y hablas desesperadamente de la sopa de tomate y de tus flores.

La señora Weldon trató de encontrar un tema de conversación con su marido. Pensó en el nuevo sistema de Alice Marshall para reducir... No, eso era bastante insulso. Tal vez el caso sobre el que había leído en el periódico matutino, el de un anciano de ochenta y siete años que se había casado, por cuarta vez, con una muchacha de veinte..., pero probablemente él ya lo habría leído y, puesto que no lo había considerado digno de comentario, no creería que mereciera la pena escucharlo. Estaba el asunto de los Bailey, lo que su hijo

pequeño había dicho de Jesús... No, eso ya se lo había contado la noche anterior.

Miró a su marido, que estaba comiendo bizcocho relleno de ruibarbo de un modo poco metódico. Deseó que no se pusiera aquel líquido grasiento en la cabeza. Quizá era necesario, pues estaba perdiendo mucho pelo, pero sin duda podría encontrar algún remedio más atractivo, si se tomara la molestia de buscarlo. Además, ¿por qué tenía que caérsele el pelo? Había algo repugnante en la gente que se quedaba calva.

—¿Te gusta el bizcocho, Ernie? —le preguntó con viveza.

—Pues no sé qué decirte —replicó él, tras meditarlo—. El ruibarbo no me vuelve loco. ¿Y a ti?

—No, no es una de las cosas que me entusiasman. Claro que no me gusta en especial ningún tipo de bizcocho relleno.

—¿De veras? —dijo él, cortésmente sorprendido—. A mí me gustan mucho..., algunos tipos.

—¿Ah, sí? —ahora era ella quien mostraba sorpresa en su tono de voz.

—Sí, me gusta un buen bizcocho relleno de arándanos, o de limón merengado, o... —Perdió interés por el tema y se interrumpió.

Evitó mirar la mano izquierda de su esposa, que descansaba en el borde de la mesa, con la palma hacia arriba. Los largos extremos de las uñas, de un gris blanquecino, sobresalían de las puntas de sus dedos, y le incomodaba verlas. ¿Por qué tenía que llevar las uñas tan ridículamente largas y limarlas hasta darles aquella horrible forma puntiaguda? Si algo detestaba más que cualquier otra cosa era una mujer con las uñas puntiagudas.

Volvieron a la sala de estar, y el señor Weldon se acomodó de nuevo en el sillón y extendió el brazo para coger el segundo periódico.

—¿Estás completamente segura de que no quieres hacer nada especial esta noche? —le preguntó él solícitamente—. ¿No te apetece ir al cine o a cualquier otra parte?

—Oh, no, a menos que a ti te interese.

—No, no, no me interesa en absoluto. Solo pensé que a lo mejor querías...

—No, si no te interesa ir a ningún sitio, a mí tampoco.

Empezó a leer el periódico y ella deambuló por la sala. Se había olvidado de coger un libro de la biblioteca, y jamás en su vida se le había ocurrido releer un libro, por mucho tiempo que hubiera transcurrido desde la primera lectura. Pensó vagamente en jugar al solitario, pero no tenía bastante ánimo para ir a buscar las cartas e instalar la mesa de juego. Podía dedicarse a coser, y pensó que un rato después iría al dormitorio y cogería la camisa de dormir que ella misma se estaba haciendo. Sí, probablemente eso era lo que haría... un rato más tarde.

Ernest estaba absorto en su lectura y, cuando iba más o menos por la mitad del periódico, empezó a bostezar ruidosamente. Algo ocurrió en el interior de la señora Weldon cuando él hizo eso. Musitó que debía hablar con Celia y fue a la cocina, donde permaneció largo rato, mirando vagamente los recipientes y preguntando con

desgana por las listas de la colada. Cuando regresara, él ya estaría a punto de irse a la cama.

Trescientas veladas como aquella al año. Siete veces trescientas da más de dos mil.

La señora Weldon entró en el dormitorio y salió con la labor de la costura. Se sentó, extendió el satén rosa en las rodillas y empezó a coser el estrecho volante de encaje en el cuello de la prenda a medio hacer. Trabajaba torpemente. El hilo delgado formaba nudos o se salía de las puntadas, y ella no podía graduar la luz de manera que la sombra de su cabeza no cayera sobre la costura. Al forzar la vista se mareó un poco.

El señor Weldon volvió una página y bostezó sonoramente, en escala descendente primero y a continuación ascendente.

III

—¿No crees que debe de haber otra mujer? —preguntó la señora Ames a la señora Marshall.

—No, no puedo creer que haya sido eso. Ernest Weldon no es de esos hombres. Tan formal... Todas las tardes, a las seis y media, volvía a casa, y era tan buena compañía, tan alegre y todo eso... Le entusiasmaba el hogar.

—A veces esos hombres entusiastas del hogar son precisamente los que dan esa sorpresa —observó la señora Ames.

—Sí, ya sé —dijo la señora Marshall—, pero ese no es el caso de Ernest Weldon.

—No creo que... —empezó a decir la señora Ames, y vaciló—. No creo que... —repitió, al tiempo que apretaba con la cucharilla el pedacito de limón en su taza de té— que Grace haya tenido alguna relación... o algo por el estilo.

—¡Cielos, no! —exclamó la señora Marshall—. Grace Weldon dedicó su vida entera a ese hombre. Siempre Ernest por aquí, Ernest por allí. No puedo comprenderlo. Si hubiera un solo motivo... si se hubieran peleado, o si Ernest bebiera o tuviera algún otro vicio... Pero se llevaban a las mil maravillas. Parece como si se hubieran vuelto locos para hacer una cosa así. No puedes figurarte cómo me ha afectado. ¡Es atroz!

—Sí —dijo la señora Ames—. Es una lástima, desde luego.

LA NARRACIÓN DEL VIAJERO

La mujer del vestido negro de lentejuelas abandonó al resto del grupo e hizo sitio en el sofá para el bronceado joven de ojos tranquilos.

—Siéntate aquí y háblame de ti. ¡Qué ocurrencia! Mira que escaparte durante dos años y no enviar ni una postal... ¿No te da vergüenza? Díselo a mami, ¿no te da vergüenza, niño malo?

—Soy un desastre para escribir cartas —Se excusó él—. Lo siento. No tengo remedio. Siempre tengo intención de escribir, pero no llego a hacerlo. No es que no piense en los demás, sino que se me da muy mal escribir cartas.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella—. ¡Casi dos años! ¿Dónde se ha metido este chico malo?

—Bueno, pues he estado casi todo el tiempo en Arabia —contestó él.

—Estás loco, loco de remate —dijo ella—. ¿Para qué querías ir a un sitio como ese?

—No lo sé —contestó él—. Se me ocurrió que me gustaría verlo.

—Oh, ya sé. No hace falta que me lo expliques, soy como tú. Me encanta viajar. Freddy siempre dice que me basta con dos baúles y una carta de crédito para ser feliz. Bueno, pregúntaselo a Freddy. Tiene gracia, porque ayer mismo le dije, a la hora de cenar... Estábamos solos, porque iban a venir los Allen, pero su niño se puso malo en el último momento, pobrecillo, es tan delicado que asusta verlo... ¡Oh, Dios mío!, tengo que llamar a Kate Allen y preguntarle cómo está, le dije a Freddy que me lo recordara... Pues le dije a Freddy: «Un día de estos», le dije, «no me verás más aquí sentada», dije. «Cogeré un cepillo de dientes y unas medias de repuesto», le dije, «y la siguiente noticia que tendrás de mí será que estaré en Egipto, en la India o en cualquier otro sitio». ¡Oh, soy una viajera nata!

—¿Ah, sí?

—¡Arabia! —exclamó ella—. Imagínate... Cuéntame cómo es. ¿Te gustó?

—Bueno, lo he pasado bien.

—Imagínate, tan lejos. Bueno, muchas veces me he preguntado cómo sería Arabia. Cuéntame algo más. ¿Hay mucha arena y todo eso?

—Bueno, pues sí —dijo él—, pero...

—¡Arena! ¡No me hables! Después de pasar este verano en Dune Harbor ya he tenido arena suficiente, gracias. Podría escribir un libro sobre la arena. Teníamos siempre arena en los zapatos, hiciéramos lo que hiciéramos, y los niños metían tanta en la casa que creí que me volvería loca. De verdad. Pensé que me volvía loca. ¿Has estado en Dune Harbor?

—No —contestó él—, no he ido nunca.

—Bueno, pues no vayas —dijo ella—. No hay nada más que arena, arena y arena. Tienes toda la arena que quieras aquí mismo, sin ir a Arabia.

—Es que en Arabia...

—¡Y Freddy en aquella playa! —exclamó ella—. Para morirse. El primer día se tumbó ahí mismo y se quedó tal cual, y antes de que se diera cuenta, ¡los hombros! Pensé

en ti al instante. Pensé que si hubieras visto cómo se le pusieron los hombros te habrías muerto.

—Debió de ser muy divertido —dijo él—. Como te decía, en Arabia...

—Exacto, eso es justo lo que quiero que hagas. Cuéntame tu viaje. Quiero oírlo todo. ¿Cómo era? ¿Cómo es la gente? ¿Son todos árabes y eso?

—Bueno, claro —dijo él—. Hay muchos...

—¡Imagínate! ¡Árabes! ¿No parece sacado de un libro? Seguro que es como me lo imagino. Pero cuéntame cosas de esos árabes. ¿Cómo son?

—Bueno, son como todo el mundo —dijo él—. Algunos son estupendos y otros no tanto. Muchos son...

—¿Sabes? —dijo ella—. Siempre he estado convencida de que me llevaría bien con gente como esa. Árabes y así. Me interesa tanto la gente que todos parecen darse cuenta y me dejan explorar su intimidad. Oh, siempre me hago amiga de la gente más extraña. Pregúntaselo a Freddy. Una vez me dijo: «Bueno, nadie podrá llamarte

nunca esnob». Y ¿sabes?, a mí me parece un cumplido. ¡Árabes! Oh, me gusta mucho todo eso. Bueno, sigue. Cuéntame. ¿Dónde te alojabas?

—Bueno, durante mucho tiempo viví con los nativos. ¿Sabes?, quería...

—¡Imagínate! ¡Con ellos! ¿Y no era muy incómodo y todo eso?

—Fueron muy amables conmigo —dijo él—. Y en cuanto te acostumbras...

—Oh, no me costaría nada —dijo ella—. Me acostumbraría en un minuto. No me importa lo que tenga que soportar mientras pueda viajar y ver cosas nuevas. Cuando estuvimos en Milán, hace tres años, fuimos a un hotelito, estaba llenísimo y no había más que americanos en todas partes. Yo le decía a Freddy: «La verdad es que algunos deberían haber tenido la prudencia de quedarse en casa». De manera que paramos en aquel hotelito y ¿sabes qué nos pasó? Bueno, te lo diré porque eres un viejo amigo, pero si lo cuentas... ¡Cogimos pulgas! De veras. Pulgas. Freddy casi se volvió loco, ya sabes cómo es, pero yo le decía: «Bueno, eso es lo que uno puede

esperar cuando viaja». Así soy yo. Nada me altera. Pero mira, esos árabes, ¿no tienen muchas mujeres o algo parecido?

—Bueno, muchos tienen más de una esposa —dijo él—. Mira, para ellos es...

—¡Qué espantosos!, ¿no? —dijo ella—. ¡Imagínate, más de una esposa! Esa debe de ser la mentalidad oriental, ¿no? Son espantosos. ¿Y no se las dan de tremendamente religiosos o algo parecido?

—La religión parece ser muy importante para ellos —explicó él—. Por pobre que sea un hombre y vaya a donde vaya, siempre lleva una estera para...

—Sí, ya lo sé. Una alfombra de oración. Así es como la llaman. Alfombra de oración. Nunca se me olvida porque, antes de casarme, teníamos una preciosa alfombra de oración en la sala, justo delante del piano. Nosotras bromeábamos mucho y le tomábamos el pelo a mi padre preguntándole a cuál de nosotras la dejaría en el testamento... ¡Ah, él pensaba que su alfombra de oración era buenísima! Pero mi padre se casó otra vez y la alfombra se quedó ahí, donde estaba, como es natural.

¡Oh, cuánto llegamos a reírnos de aquella alfombra de oración!

—¿Ah, sí?

—Sí. ¡Vaya con la alfombra de oración! Era bonita, para quien le gustara ese tipo de cosas. Azul, amarilla y de muchos colores. Y todas las partes del dibujo querían decir algo. Oh, son muy hábiles para estas cosas, los árabes. Hacen cosas muy bonitas. Supongo que habrás visto muchas.

—Sí. Sí, he visto muchas.

—Me encantan sus obras de artesanía —prosiguió ella—. Me gustaría verlos trabajar. Muchas veces he pensado en lo que me gustaría hacer. Me gustaría... Ah, ahí está Freddy, en la puerta. Quiere irse a casa. ¿Verdad que es muy paradito? Siempre quiere irse a casa a las once y media. Yo le digo: «Eres como un reloj. Cuando estamos en una fiesta, siempre sé cuándo son las once y media». De verdad. Yo le tomo el pelo, pero a él le da igual. Se ríe. Bueno, yo también estoy agotada. He pasado el día de compras: me mata. Siempre lo dejo para el último momento y no me gusta nada. Bueno, tienes que venir a

vernos. Estamos bastante ofendidos por el modo en que te has comportado. ¿Vendrás pronto? Por favor, por favor.

—Con gusto —accedió él.

—Ha sido estupendo oírte contar todo esto sobre Arabia —dijo ella—. Vaya, has hecho que me pesara más mi horrible rutina. Pero te advierto que lo haré algún día. Uno de estos días se levantarán y yo estaré en el otro extremo del mundo. Así soy yo, lo haré tarde o temprano. ¡Ahí está Freddy frunciendo el ceño! Seguro que cree que estamos tramando algún plan para fugarnos, tanto tiempo aquí sentados. ¡Oh, ya sabe cómo son ustedes, los viajeros! ¿Vendrás pronto, verdad? Me gustaría preguntarte muchísimas cosas más. Todavía no has terminado con Arabia, de ningún modo. ¡No tardes! Y cuidadito con mamá, no vuelvas a ser malo y travieso, ¿me oyes?

—Muchas gracias.

—Buenas noches, que sueñes con los angelitos.

—Buenas noches.

La mujer se alejó en dirección a Freddy.

TE PORTASTE PERFECTAMENTE

El joven pálido se acomodó lentamente en el sillón bajo y movió la cabeza para que el fresco paño de algodón mitigara el ardor de las mejillas y las sienes.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Ah, Dios mío!

El rostro de la muchacha de ojos claros que estaba sentada en el sofá, liviana y erecta, se iluminó con una sonrisa.

—¿No te encuentras bien? —le preguntó.

—Estoy estupendamente —replicó él—. De primera. ¿Sabes a qué hora me he levantado? A las cuatro de la tarde. Llevaba bastante tiempo intentándolo, y cada vez que despegaba la cabeza de la almohada, parecía que se me iba a caer rodando al suelo. Esta que llevo ahora sobre los hombros no es mi cabeza. Tengo la sensación de que perteneció a Walt Whitman. ¡Oh, Dios mío!

—¿Crees que si tomaras una copa te sentirías mejor?

—¿Beber como antídoto contra los efectos de la bebida? No, gracias. No vuelvas a mencionarme la bebida, por favor. He terminado con eso. Mira esta mano: firme

y quieta como un colibrí. Dime una cosa. ¿Me porté terriblemente anoche?

—Bueno, todo el mundo estaba muy bebido. No estuviste mal.

—Ya. Debí de ser un primor. ¿Están irritados conmigo?

—Qué va. Todos te encontraron muy divertido. Jim Pierson, claro, se puso un tanto malhumorado durante la cena. Pero los otros no le dejaron levantarse de la silla y le sujetaron. No creo que nadie de las demás mesas se diera cuenta. Vamos, casi nadie.

—¿Iba a zurrarme? ¡Cielos! ¿Qué le hice?

—No le hiciste nada, créeme. Te portaste perfectamente, pero ya sabes lo tonto que se pone cuando cree que alguien le hace demasiadas carantoñas a Elinor.

—¿Le hice proposiciones a Elinor? Dime la verdad. ¿Hice semejante cosa?

—Claro que no. Solo estabas bromeando, nada más. Ella te encontró de lo más divertido. Se lo estaba

pasando en grande, y solo se incomodó un poco cuando derramaste la salsa de las almejas en su espalda.

—Dios mío. La salsa de las almejas en su espalda. Y cada vértebra es un pequeño estrecho de Cabot. Es terrible. ¿Qué voy a hacer?

—Oh, no pasará nada. Envíale unas flores o cualquier otra cosa. No te preocupes más por eso, no tiene importancia.

—No, no voy a preocuparme. ¿Por qué habría de hacerlo? Estoy bien, ¿no?, ocupo una posición ventajosa. ¡Ah, Dios mío! ¿Hice algún otro numerito fascinante durante la cena?

—Te portaste perfectamente. No le des tantas vueltas. Todos estaban entusiasmados contigo. El *maître* estaba preocupado porque no parabas de cantar, pero en el fondo no le importaba. Solo dijo que temía que volvieran a cerrarle el local si hacíamos tanto ruido. Pero, personalmente, no le importaba lo más mínimo. Creo que le encantaba ver lo bien que te lo estabas pasando. ¡Cómo cantabas! No paraste al menos durante una hora. Y, a fin de cuentas, no hacías tanto ruido.

—De modo que canté. Vaya, vaya. Debió de ser una delicia... Canté.

—¿Es que no lo recuerdas? Cantaste una canción tras otra. Todo el mundo escuchaba complacido. Cuando te empeñaste en cantar una canción sobre no sé qué fusileros, todos te pedimos que lo dejaras correr, pero tú insististe una y otra vez. Estabas magnífico. Procuramos hacerte callar un momento para que comieras algo, pero no había manera. Era divertidísimo.

—¿No probé la cena?

—Ni un bocado. Cada vez que el camarero te ofrecía algo, se lo devolvías diciéndole que era el hermano que perdiste hace mucho tiempo, cambiado en la cuna por un grupo de gitanos, y que todo cuanto tenías era suyo. Él se reía a mandíbula batiente.

—Qué otra cosa podía hacer... Seguro que estuve muy cómico. Debí de ser la mascota del grupo. ¿Y qué ocurrió entonces, tras mi éxito aplastante con el camarero?

—Poca cosa. Al parecer, le tomaste ojeriza a un anciano de cabellos blancos, que estaba al otro lado del

comedor, porque no te gustaba la corbata que llevaba, y quisiste decírselo. Pero te sacamos de allí antes de que el hombre se enfadara de veras.

—Ah, así que nos fuimos. ¿Salí por mi propio pie?

—¡Claro que sí! Estabas perfectamente bien. En la acera había un inoportuno trozo de hielo, y te sentaste allí con bastante brusquedad, pobrecillo. Pero podía haberle ocurrido a cualquiera.

—Sí, claro, a Louisa Alcott o cualquier otro. Así que me caí en la acera. Eso explica por qué me duele el... Sí, ya veo... ¿Y qué pasó entonces, si no te importa decírmelo?

—Vamos, vamos, Peter. No me digas que no recuerdas lo que ocurrió luego. Pensé que a lo mejor estabas algo bebido durante la cena... Estabas perfectamente bien, aunque yo sabía que habías bebido más de la cuenta y debías de sentirte muy alegre. Pero desde la caída estabas un tanto serio... Nunca te había visto así. ¿No recuerdas lo que me dijiste, que nunca te había visto tal como eres en realidad? Oh, Peter, si me dices que no recuerdas el delicioso viaje en taxi, no podré soportarlo. Por favor,

dime que lo recuerdas, sería tan decepcionante que lo hubieras olvidado... ¡Me moriría!

—Ah, sí, el viaje en taxi. Claro que lo recuerdo. Un viaje bastante largo, ¿eh?

—Dimos vueltas al parque una vez y otra y otra. ¡Cómo brillaban los árboles a la luz de la luna! Y me dijiste que hasta entonces no habías sabido que realmente tenías alma.

—Sí, dije eso... Ese soy yo.

—Dijiste unas cosas tan encantadoras... Y yo no había sabido hasta entonces lo que sentías por mí, ni me había atrevido a mostrarte lo que yo siento. Y entonces, anoche... Oh, Peter, querido, creo que el viaje en taxi ha sido lo más importante que nos ha ocurrido en nuestras vidas.

—Sí, eso creo.

—Y vamos a ser tan felices... ¡Estoy deseando decírselo a todos! Pero no sé... quizá sería más dulce que lo guardásemos para nosotros solos.

—Creo que sería mejor.

—¿No es hermoso?

—Sí, magnífico.

—¡Hermoso!

—Oye, ¿te importa que me tome un trago? Solo como medicina, ¿sabes? No voy a probarlo más durante el resto de mi vida, pero ahora siento como si fuera a sufrir un colapso.

—Creo que te sentará bien. Pobrecillo, es una pena que te encuentres así. Te prepararé un *whisky* con soda.

—Si te he de ser sincero, no sé cómo puedes dirigirme la palabra después de que anoche hiciera tantas sandeces. Creo que debería retirarme del mundo e ingresar en un monasterio tibetano.

—¡No seas idiota! ¡Como si ahora pudiera dejar que te fueras! Deja de hablar así. Te portaste perfectamente.

Ella se levantó de un salto, le dio un beso rápido y salió de la habitación.

El joven pálido se quedó mirando la puerta por donde había salido la muchacha y meneó la cabeza lentamente. Luego se la sujetó con las manos húmedas y temblorosas.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Ah, Dios mío!

EL BANQUETE DE SAPOS

Aquel fue un año de locos, un año en que las cosas que debían haber ocurrido a su debido tiempo salieron de cualquier manera. Fue un año en que la nieve cayó copiosa y duradera en pleno abril, y los periódicos sensacionalistas publicaron fotos de chicas vestidas con pantalones cortos tomando baños de sol en Central Park en pleno enero. Fue un año en que, pese a la gran prosperidad reinante en la nación más rica, no podías andar cinco manzanas sin que los mendigos te pidieran limosna; en que no era infrecuente ver mujeres llamativas, de paso vacilante, vestidas con trajes caros, exhibirse en lugares públicos; en que los mostradores de las farmacias rebosaban de pastillas para tranquilizarte y de pastillas para animarte. Fue un año en que muchas esposas, colocadas en los altares, apenas unos centímetros por debajo de los santos, árbitros de la etiqueta, veneradas anfitrionas, arquitectas de menús memorables, de golpe y porrazo preparaban la bolsa de viaje y el joyero y huían a México en compañía de jóvenes ambiguos dedicados al arte; en que los maridos que habían regresado a casa todas las noches no solo a la misma hora, sino en el mismo minuto de la misma hora, regresaban a casa una noche más, decían unas cuantas palabras y luego salían por la puerta para no volver a cruzarla jamás.

Si Guy Allen hubiese dejado a su mujer en otra época, ella habría conseguido mantener el perdurable interés de sus amistades. Pero en aquel año de locura fueron tantos los pecios matrimoniales varados en la playa de Norman's Woe, que las amigas ya estaban demasiado familiarizadas con las historias de naufragios. Al principio acudieron a su lado y, duchas en esas lides, hicieron lo posible por curarle la herida. Chasqueaban la lengua en señal de pena y sacudían la cabeza para manifestar su asombro; diagnosticaban que el de Guy Allen era un caso de demencia; hacían virulentas generalizaciones sobre los hombres, considerados como tribu; le aseguraban a Maida Allen que ninguna mujer habría sido capaz de hacer más por un hombre ni haber significado más; le estrechaban la mano y le prometían: «Volverá. ¡Ya verás cómo vuelve!».

Pero el tiempo siguió su curso, como la señora Allen, a quien nunca nadie había visto antes aferrarse así a un tema: repetía una y otra vez la historia del agravio que le habían causado, y ella, claro, pobrecita, una santa inocente. Las amigas ya no tenían fuerzas para intercalar en su letanía arrullos de condolencia, debilitadas de tanto escuchar su historia, la suya, y otras como la suya; la

cruel verdad es que las sagas de las mujeres abandonadas adolecen de una lamentable falta de variedad. Y así, llegó un día en que, tras depositar con violencia la taza de té en la mesa, una de estas damas se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Por el amor del cielo, Maida, habla de otra cosa!

La señora Allen no volvió a ver a esa dama. También comenzó a ver cada vez menos a sus otras amigas, aunque eso fue cosa de las amigas, no de ella. No se enorgullecían de semejante abandono; las inquietaba la idea acechante de que la más despiadada de las pesadas pudiera seguir realmente angustiada.

Trataron —cada una de ellas una sola vez— de invitarla a pequeñas cenas agradables, para que se distrajera. La señora Allen acudía llevando consigo su obsesión, y la colocaba, por así decirlo, en medio del mantel, cual macabro centro de mesa. Las amigas aportaron varios huéspedes masculinos, ninguno de ellos conocido de la señora Allen. De buen humor por encontrarse ante una mujer nueva y atractiva, realizaban pequeñas incursiones amorosas. Ella respondía haciéndolos partícipes de su tragedia y, mientras daban cuenta de la

ensalada y esperaban la *mousse* de moca, les recitaba su lista de talentos comprobados como esposa, compañera y amante, y les hacía notar, con una cínica carcajada, para qué le habían servido. Cuando los huéspedes se marchaban, la anfitriona aceptaba abatida el ultimátum de su marido respecto a quién no debían volver a invitar jamás.

No obstante, siguieron invitándola a sus cócteles multitudinarios, obligación social por excelencia para beber como esponjas, pensando que la señora Allen, con su voz suave, sería incapaz de hacerse oír en medio del gran bullicio que impera en estas fiestas y, de ese modo, acallados sus problemas, tal vez, por un momento, quedaran olvidados. Cuando la señora Allen llegaba, se acercaba en línea recta a aquellas amistades que la habían conocido con su marido y les preguntaba si habían visto a Guy. Si le contestaban que sí, les preguntaba cómo estaba. Si le contestaban «pues... estupendamente», les ofrecía una sonrisa indulgente y se alejaba. Sus amigas la dejaron por imposible.

A la señora Allen le sentó mal ese comportamiento. Las tachó a todas de criaturas que solo funcionaban cuando

las cosas venían bien dadas y dio gracias por haberlas desenmascarado a tiempo; a tiempo de qué, nunca lo dijo. Pero no había nadie que se lo preguntara, porque hablaba consigo misma. Había adoptado esta costumbre mientras se paseaba hasta bien entrada la noche por los cuartos silenciosos de su apartamento, y pronto la llevó consigo a la calle, a su paseo diario. Fue un año en que muchos transitaban por las aceras murmurando soliloquios y, a menos que hablaran en voz alta o hicieran gestos, los demás peatones no se volvían a mirarlos.

Pasó un mes, luego dos, luego casi cuatro, y ella seguía sin tener noticias directas de Guy Allen. Uno o dos días después de que él se marchara, le había telefoneado al apartamento y, tras interesarse por la salud de la criada que atendió la llamada (siempre fue el ideal de los sirvientes), le había pedido que le enviaran la correspondencia a su club, donde iba a alojarse. Más tarde, ese mismo día, Guy Allen mandó al mozo del club a que recogiera su ropa, la metiera en una maleta y se la llevara. Estos incidentes ocurrieron en ausencia de la señora Allen; a ella no la mencionó en ningún momento, ni a la criada ni por medio del mozo, y por eso ella se llevó un disgusto. De todos modos, se dijo, como mínimo sabía dónde estaba

su marido. No se le ocurrió ir más allá y pensar que como máximo sabía dónde estaba su marido.

El primer día de cada mes recibía un cheque por la misma cantidad de siempre, para sus gastos y los de la casa. El alquiler debía de llegarle directamente al propietario del edificio de apartamentos, porque a ella nunca se lo reclamaron. Los cheques no los mandaba Guy Allen; venían con una nota adjunta de su banquero, un distinguido caballero de cabello cano, cuyas comunicaciones daban la sensación de estar escritas con pluma. Aparte de los cheques, nada indicaba que Guy y Maida Allen fueran marido y mujer.

A la señora Allen, el presente se le volvió intolerable, y veía el futuro solo como su espantosa prolongación. Se refugió en el pasado. No se dejó guiar por la memoria. Fue ella quien la condujo y puso rumbo hacia los recónditos y soleados caminos de su matrimonio. Once años de matrimonio, años de felicidad, de felicidad perfecta. Claro que a veces Guy había tenido los pequeños momentos de mal humor típicos de los hombres, pero ella siempre había conseguido que se le pasaran con una sonrisa, y esos episodios sin importancia solo servían para unirlos

más dulcemente; las peleas entre enamorados preparan el camino hacia el lecho. En abril, mil lágrimas derramó la señora Allen por los tiempos pasados, y nadie se le acercó nunca para explicarle que, si había tenido once años de felicidad perfecta, era el único ser humano al que le había ocurrido algo semejante.

Sin embargo, la memoria es una compañera muda. El silencio golpeaba atronador en los oídos de la señora Allen. Ella quería escuchar voces tiernas, especialmente la suya propia. Quería encontrar comprensión, esa cosa que tantos se pasan la vida buscando, con lo fácil que tiene que ser encontrarla, porque ¿qué es, sino alabanzas y compasión mutuas? Sus amigas la habían defraudado, por eso debía buscarse otras. Resulta sorprendentemente difícil reunir un nuevo círculo. A la señora Allen le costó tiempo y esfuerzo localizar a las señoras cuyo trato había frecuentado en otros tiempos, y que durante años había conseguido no recordar siquiera, y localizar a las agradables compañeras de viaje que había conocido a bordo de barcos y aviones. No obstante, obtuvo algunas respuestas, seguidas de sesiones íntimas en su apartamento, por las tardes.

Fueron poco satisfactorias. Las señoras no le ofrecieron comprensión, sino recomendaciones. Le decían que se animara, que recobrara la compostura, que estuviera alerta; una de ellas llegó incluso a darle una palmada en el hombro. Las sesiones llegaron a adquirir gran parte del carácter que tienen las disputas de vestuario en el descanso de un partido de fútbol y, cuando al final la instaron a que mandara a Guy Allen al infierno, la señora Allen las suspendió.

Pese a todo, algo bueno sacó de ellas, porque, por intermedio de una de sus ignorantes consejeras, la señora Allen conoció a la doctora Langham.

Aunque la doctora Marjorie Langham se ganaba la vida trabajando, no había perdido ni una pizca de su feminidad, sin duda, porque nunca había tenido que pisar los pasillos manchados de sangre de la Facultad de Medicina, ni quemarse las bonitas pestañas estudiando para conseguir el doctorado. De un solo salto, lleno de gracia, había caído sobre los delgados pies convertida en curandera de mentes atribuladas. Aquel fue un año en que los divanes de tales curanderos no llegaban a

enfriarse entre paciente y paciente. La doctora Langham gozaba de un éxito tremendo.

Tenía infinidad de anécdotas sobre sus pacientes. Y una manera muy suya de contarlas que hacía que las historias clínicas no solo fueran para morirse de risa, sino que te daban a ti, su interlocutor, la estupenda sensación de que, después de todo, no estabas tan chiflado. En su faceta más profunda, era una mujer que lo comprendía todo al vuelo y demostraba una firme simpatía por las desgracias de las representantes sensibles de su sexo. Estaba hecha para la señora Allen.

En su primera visita a la doctora Langham, la señora Allen no fue directamente al diván. En la consulta llena de *chintz* y alegría, ella y la doctora se sentaron frente a frente, de mujer a mujer; de esa manera, a la señora Allen le resultó más fácil desahogarse a gusto. Durante el relato del indignante comportamiento de Guy Allen, la doctora asintió repetidas veces; cuando se enteró, a petición suya, de la edad de Guy Allen, esbozó una sonrisita divertida.

—¡Pero claro! Lo que imaginaba —dijo—. ¡Vaya, vaya con la crisis de los cuarenta y tantos! ¡Edad difícil

y peligrosa! Eso es todo lo que le pasa... Está sufriendo el cambio.

La señora Allen se dio unos golpecitos en las sienes con los puños por ser tan tonta y no haberlo pensado antes. Se había hartado de llorar y gemir porque se le había olvidado por completo que también los hombres vienen al mundo llevando auestas la deuda del pecado original. A Guy Allen, como a cualquier hijo de vecino, le había llegado la hora de pagarla; ahí estaba el quid de la cuestión (en los últimos dos casos de matrimonios rotos de los que la señora Allen se había enterado ese año, uno de los maridos salientes tenía veintinueve y el otro, sesenta y dos, pero no le vinieron a la memoria). La explicación de la doctora tranquilizó de tal modo a la señora Allen que se levantó y fue a tumbarse en el diván.

—Así me gusta... Relájese —Le sugirió la doctora Langham—. ¡Ah, esas pobres mujeres, esas pobres idiotas! Se destrozan el corazón, se flagelan con sus porqués, porqués, porqués, se dejan la piel para encontrar un motivo estrambótico que justifique el hecho de que sus maridos las dejen plantadas, cuando no se trata más que

de un caso tradicional y pasajero de nervios exacerbados y un cambio rutinario de metabolismo.

La doctora le prestó a la señora Allen algunos libros para que se los llevara a casa y los leyera antes de la siguiente visita. Algunas de las autoras, le dijo, eran muy amigas suyas, mujeres reconocidas como autoridades en la materia. Los libros parecían salidos de la misma pluma y estaban escritos en un estilo fluido, coloquial, asequible para el lector profano. Se notaba cierta uniformidad en sus contenidos; todos exponían una colección de casos de hombres casados que, en un arranque de enfurecida rebelión contra la madurez, habían abandonado el lecho conyugal y el techo familiar. Las rebeliones, como tales, resultaban conmovedoras. Masas de hombres con ojos desorbitados iban por la vida sin rumbo ni objetivo, sus noches eran frías y amargas, sus hogares, una fuente de enfermiza añoranza. Uno tras otro, los revolucionarios volvían con la cabeza gacha, las manos suplicantes, al lado de sus sabias y amables esposas.

Aquellas obras impresionaron a la señora Allen. Encontró más de un pasaje que, de haber sido suyos los libros, habría subrayado profusamente.

Tuvo la sensación de que tenía todo el derecho del mundo a incluirse entre las esposas que esperaban en casa, tan amables, tan sabias. Podía decir, sin falsa modestia, que muchos le habían dicho que era demasiado amable para su propio bien, y que era capaz de reconocer un acto de verdadera sabiduría. En los primeros y aciagos días de su sufrimiento, se había jurado que no daría un solo paso para acercarse a Guy Allen. ¡Que se le pudriera la mano derecha y se le separara del brazo, si la utilizaba para marcar su número de teléfono! Nadie habría sido capaz de contar los kilómetros que había recorrido por las alfombras de su casa, pugnando por mantener el juramento. Y lo mantuvo, pero la vista de su mano derecha intacta, de su piel fresca y clara, no le servía de consuelo, sencillamente le recordaba el uso al cual podía haberla destinado. Y acto seguido, pensando siempre con renovado dolor en otra mano posada sobre otro disco, se recordaba que Guy Allen jamás la había llamado.

La doctora Langham le puso muy buena nota por mantenerse alejada del teléfono, y restó importancia a su pena por el silencio de Guy Allen.

—Por supuesto que no la ha llamado —le dijo—. Tal como yo esperaba, claro... Es el mejor indicio que tenemos de que él también sufre lo suyo. Teme hablar con usted. Está avergonzado de sí mismo. Sabe lo que le ha hecho; no sabe por qué, como nosotras, pero sabe que lo que ha hecho es terrible. Piensa mucho en usted. Lo demuestra el hecho de que no se atreva a llamarla.

Uno de los principales factores del éxito de la doctora Langham era su habilidad para conseguir que a quienes estaban a punto de ahogarse, una pajita mojada les pareciera un tronco sólido.

La cura de Maida Allen no se produjo de un día para otro. Tuvieron que pasar varias semanas antes de que se sintiera entera. Según ella, todo el mérito era de su doctora. Por el mero hecho de haber arrojado la fría luz de la ciencia sobre el motivo del aparente abandono de Guy Allen, la doctora Langham había conseguido devolverle la ecuanimidad. Ya no era la criatura desolada y solitaria, rechazada como una flor marchita, un guante raído, una liga dada de sí. Era una mujer valiente y humana que, con una paciencia que era la joya de su corona, esperaba que su pobre hombre confundido

superase su pequeña indisposición y volviese a su lado, para que ella le alegrara la convalecencia contribuyendo así a su pronta recuperación. Día tras día, en el diván de la doctora Langham, mientras hablaba y escuchaba, iba recuperando fuerzas. Dormía de un tirón, toda la noche, y cuando salía a la calle con la espalda recta, el rostro tranquilo y lleno de vida, entre toda la gente de hombros cargados y bocas amargas que poblaba las aceras, parecía la visitante llegada de un planeta mejor.

Y ocurrió el milagro. Su marido la llamó por teléfono. Le preguntó si esa noche podía pasar por el apartamento a recoger una maleta que le hacía falta. Ella le sugirió que se quedara a cenar. Él le dijo que le sería imposible porque debía cenar temprano con un cliente, pero que pasaría a eso de las nueve. En caso de que no estuviera en casa, que por favor le dejara la maleta a Jessie, la criada. Ella le dijo que era la primera noche que no salía en no sabía cuánto tiempo. Estupendo, dijo él, entonces la vería más tarde; y colgó.

La señora Allen llegó temprano a la cita con su doctora. Le dio la noticia a la doctora Langham con una especie de gorjeo alegre. Marjorie Langham asintió, y su

sonrisa divertida se fue haciendo más amplia hasta dejar al descubierto casi todos los dientes excepcionalmente bonitos.

—Pues ahí lo tiene usted —le comentó—. Ha dado señales de vida. ¿Y quién le dijo que iba a ser así? Ahora escúcheme bien. Es importante, tal vez la parte más importante de todo su tratamiento. Esta noche no vaya usted a perder la cabeza. Recuerde que este hombre ha hecho sufrir lo indecible a una de las criaturas más sensibles que he conocido en mi vida. No sea blanda con él. No se muestre entusiasta, como si le estuviera haciendo un favor al volver a su lado. No sea demasiado indulgente con él.

—¡Nooo, qué vaaa! —exclamó la señora Allen—. ¡Guy Allen va a tragar sapos!

—Así me gusta —dijo la doctora Langham—. No le monte ninguna escena, ya sabe, pero tampoco le dé a entender que todo está perdonado. Muéstrese dulce y fría. Ni por un momento deje que adivine que lo ha echado de menos. Simplemente deje que se dé cuenta de lo que se ha estado perdiendo. Y, por el amor de Dios, ni se le ocurra pedirle que se quede a pasar toda la noche.

—Ni por todo el oro del mundo —dijo la señora Allen—. Si eso es lo que quiere, tendrá que pedírmelo. ¡Sí! ¡Y de rodillas!

El apartamento estaba precioso; la señora Allen se ocupó de que así fuera y de que ella no le fuera a la zaga. Al volver a casa, después de haber estado en la consulta de la doctora, compró montones de flores y las dispuso con exquisito gusto (siempre se le habían dado bien los arreglos florales) por toda la sala.

Él llamó al timbre a las nueve y tres minutos. La señora Allen le había dado la noche libre a la criada. Ella misma se encargó de abrir la puerta.

—¡Hola! —Lo saludó.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Pues... perfectamente —dijo ella—. Pasa. Creo que ya conoces el camino, ¿no?

La siguió hasta la sala. Tenía el sombrero en la mano y llevaba el abrigo doblado sobre el brazo.

—Cuántas flores —dijo él—. Qué bonitas.

—Sí, ¿no son preciosas? Todo el mundo es muy amable conmigo. Dame tus cosas, que te las guardo.

—Dispongo apenas de un momento —dijo él—. He quedado con alguien en el club.

—Vaya, qué lástima.

Siguió una pausa. Y él dijo:

—Tienes buen aspecto, Maida.

—Ay, no sé por qué —dijo ella—. Estoy que no me tengo en pie. Últimamente no paro ni de día ni de noche.

—Te sienta bien.

—¿No has notado nada nuevo en la sala? —le preguntó ella.

—Pues... no sé... ya me he fijado en las flores. ¿Hay algo más?

—Las cortinas, las cortinas —contestó ella—. Son nuevas, de la semana pasada.

—Ah, sí. Son bonitas. De color rojo pálido.

—Rosa —dijo ella—. La sala está bonita con estas cortinas, ¿no te parece?

—Sí, estupenda.

—¿Qué tal tu habitación en el club? —Le preguntó.

—Está bien. Tengo todo lo que quiero.

—¿Todo, todo? —preguntó ella.

—Sí, claro.

—¿Qué tal la comida? —Quiso saber ella.

—Ahora bastante buena. Mucho mejor que antes. Han puesto un nuevo chef.

—¡Qué divertido! ¿O sea que te gusta? Vivir en el club, digo.

—Sí, claro —contestó él—. Estoy muy cómodo.

—¿Por qué no te sientas y me cuentas qué es lo que no te gustaba de aquí? ¿La comida? ¿El espejo que usabas para afeitarte? ¿Qué?

—Vaya, todo estaba bien —respondió él—. Verás, Maida, tengo que irme corriendo. ¿Tienes por aquí mi maleta?

—Está en el dormitorio, en tu armario, donde siempre ha estado —dijo ella—. Siéntate... Ya te la traigo yo.

—No, no te molestes, ya voy yo.

Se fue al dormitorio. La señora Allen empezó a ir tras él, pero entonces se acordó de la doctora Langham y se quedó donde estaba. Sin duda, a la doctora le parecería algo indulgente por su parte que entrara con él en el dormitorio cuando no hacía ni dos minutos que había vuelto.

Él regresó con la maleta.

—Seguro que puedes sentarte y tomar una copa, anda —insistió ella.

—Ojalá pudiera, pero tengo que irme, de veras.

—Pensé que podríamos intercambiar unas cuantas palabras de cortesía —dijo ella—. La última vez que oí tu voz, lo que me dijiste no fue muy agradable.

—Lo lamento.

—Estabas justo ahí, al lado de la puerta... muy guapo, por cierto —dijo ella—. En la vida te había visto tan incómodo. Si alguna vez ibas a estarlo, aquel fue el momento más oportuno. Cuando dijiste lo que me dijiste. ¿Te acuerdas?

—¿Y tú? —preguntó él a su vez.

—Vaya si me acuerdo. «Ya no quiero seguir así, Maida. Se acabó». ¿De veras te parece bonito decirme algo así? A mí me pareció bastante repentino, después de once años.

—No. No fue repentino —dijo él—. Me pasé seis de esos once años diciéndotelo.

—Pues no me enteré.

—Claro que te enteraste, querida. Lo interpretaste como una falsa alarma, pero vaya sí te enteraste.

—¿Cómo es posible que te hayas pasado seis años planificando esta salida tan drástica?

—Planificando, no —aclaró él—. Pensando, nada más. No tenía planes. Ni siquiera cuando te dije esas palabras de despedida, indudablemente poco acertadas.

—¿Y ahora los tienes? —preguntó ella.

—Por la mañana me marchó a San Francisco —respondió él.

—Qué amable eres al contarme tu vida. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—La verdad es que no lo sé. Hemos abierto allí una sucursal, ¿sabes? Las cosas se han complicado un poco y tengo que ir a poner orden. No sé decirte cuánto tiempo llevará.

—Te gusta San Francisco, ¿no?

—Sí —dijo él—. Como ciudad no está mal.

—Claro, y además está bien lejos —dijo ella—. No podías irte más lejos y seguir estando en América, la hermosa, ¿no?

—En eso tienes razón —admitió él—. Oye, me marchó ya, tengo mucha prisa. Llego tarde.

—¿Es que no me puedes contar, así por encima, lo que has estado haciendo?

—He estado trabajando todo el día y gran parte de las noches —contestó él.

—¿Y te interesa?

—Sí, me gusta, la verdad.

—Me alegro por ti —dijo ella—. No es que quiera hacerte llegar tarde a tu cita, pero me gustaría tener aunque sea una leve idea de por qué hiciste lo que hiciste. ¿Tan infeliz eras?

—En realidad sí, muy infeliz. No había necesidad de que me obligaras a decirlo. Lo sabías.

—¿Por qué eras infeliz? —insistió ella.

—Porque dos personas no pueden pasarse la vida haciendo las mismas cosas año tras año, cuando solo a una de las dos le gusta hacerlas y, pese a eso, seguir siendo felices —contestó él.

—¿Y tú te crees que yo puedo ser feliz así como estoy?

—Pues sí —respondió él—. Creo que lo conseguirás. Ojalá hubiera una manera más agradable de hacerlo, pero creo que después de un tiempo, no muy largo, por cierto, estarás mejor que nunca.

—¿Conque eso es lo que crees? Ah, ya sé lo que pasa, te cuesta creer que soy una persona sensible.

—No será porque no me lo hayas dicho... Once años te pasaste diciéndomelo. Oye, esto no tiene sentido. Adiós, Maida. Cuídate.

—Lo haré. Te lo prometo.

Él cruzó la puerta, avanzó por el pasillo y llamó el ascensor. Ella se quedó mirándolo desde el umbral, con la puerta abierta.

—¿Sabes qué, querido mío? —le dijo—. ¿Sabes qué es lo que te pasa? Has llegado a la edad madura. Por eso tienes estas ideas.

El ascensor se detuvo en la planta y el ascensorista abrió la puerta.

Guy Allen se dio media vuelta antes de entrar en la cabina.

—Hace seis años todavía no había llegado a la edad madura —le dijo—. Y entonces ya las tenía. Adiós, Maida. Buena suerte.

—Buen viaje —le deseó ella—. Mándame una postal del presidio.

La señora Allen cerró la puerta y regresó a la sala. Se quedó muy quieta en el centro de la habitación. No se sentía como había imaginado.

En fin. Se había comportado con perfecta frialdad y dulzura. Debía de ser que Guy todavía no estaba del todo recuperado de su leve dolencia. Pero se recuperaría; vaya si lo haría. Cuando estuviera allá lejos, dando tumbos por las colinas de San Francisco, recobraría el buen juicio. Intentó fantasear un rato; él volvería a su lado, el cabello se le pondría gris de la noche a la mañana (la noche en que se diera cuenta del tormento de su locura) y el cabello gris no lo favorecería nada. Se forjó una breve imagen de él, canoso, harapiento, en las últimas, mordisqueando unas ancas de sapo frías, que ella vio sin despellejar, verdes, viscosas, repugnantes.

No. Las fantasías no servían de nada.

Se acercó al teléfono y llamó a la doctora Langham.

“ Me interesa tanto la gente que todos parecen darse cuenta y me dejan explorar su intimidad. Oh, siempre me hago amiga de la gente más extraña...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA